

**LA FAMA
TIENE UN
PRECIO**

Sacó un cigarro ya liado de su pitillera y, antes de encenderlo, bebió un largo trago del café con coñac que aún quedaba dentro de su petaca. Sus largos dedos indagaron en el bolsillo del pantalón en busca del mechero y ¡bingo!, sólo necesitó de un intento. Durante unos segundos, creyó ser el hombre más feliz del planeta Tierra, pero no hace falta decir que casi nunca lo que brilla es oro. Sonrió dibujando una mueca pervertida y después levantó la mirada para darse cuenta de que, además de protagonista, también era el único cómplice de aquel extraordinario hallazgo. Junto a él, sólo pudo encontrar a una mujer de avanzada edad ordenando su puesto de fruta de contrabando y a un joven andando medio dormido y peinándose a golpe de saliva.

Con más de cuarenta años a sus espaldas, Samuel Espinosa hacía ya tiempo que había asumido que su ombligo no era el centro del universo. Sin embargo, nunca llegó a estar de acuerdo con la etiqueta de lobo solitario que le había regalado el destino. Su cabeza, le repetía por activa y por pasiva que eran gajes del oficio, y es que ser inspector del CNI no dejaba mucha cabida a confianzas ni amistades. El corazón, por su parte, prefería hacerse el sordomudo.

Milton Davis fue el único remedio capaz de hacer frente a tanta dosis de soledad forzada. Amante de las camisas hawaianas y las tabernuchas de mala muerte, este agente de la DEA había hecho de valer su reputación en la guerrilla peruana y su gran manejo del español para liderar una nueva misión en El Salvador. Las maras asfixiaban cada vez más la seguridad nacional y el Gobierno no dudó en recurrir a la ayuda de su gigantesco aliado del norte. Pero, ¿qué hacía allí Espinosa? La droga cuanto más pura, más golosa era para los altos ejecutivos que, al otro lado del charco, se llenaban los bolsillos gracias a sus omnipresentes lobbies. Las cosas como son: si estás enganchado y tienes dinero, siempre intentas aspirar a la mejor calidad. Una de las ciudades señaladas era Madrid. La prensa dio voz a los rumores y de los despachos surgía la necesidad de actuar cuanto antes para cortar el problema de raíz.

Casi un año después, comenzaba una misión internacional secreta que contaba con el respaldo del ejército nacional salvadoreño. Davis y Espinosa sabían que pasar desapercibido era una de las principales precauciones para no ser localizado por las maras. Pero, al igual que al resto de sus compañeros, las caderas latinas y el vino de nance permitían hacer más llevadera la estancia en aquel país sumergido en la

decadencia. Fue, precisamente, durante una de estas noches de desenfreno en el Código Club de San Salvador cuando los dos agentes se vieron por primera vez las caras.

Ante la necesidad de abrirse paso entre los trapos sucios de la capital, el policía norteamericano había decidido crear una banda de jazz conocida como ‘Los Insolentes’. En realidad, no era más que una tapadera. La rocosa, pero afinada voz de Davis, le convirtió en un auténtico ídolo de masas que, semana tras semana, recibía decenas de ofertas de la burguesía local para amenizar sus fiestas. Los contactos crecían a un ritmo desorbitado y fue cuestión de tiempo que los chivatos se cruzaran en su camino. En Washington se frotaban las manos. La lista con los nombres de los peces gordos que manejaban el negocio de la droga crecía con cada concierto, aunque los narcos pronto iban a enseñar sus garras. Ya lo había avisado el mismísimo Simón Bolívar: “de la paz se debe esperar todo, de la guerra nada más que desastre”.

La primera víctima iba a caer del lado visitante. Little Scott, guitarrista de la banda y compañero de la DEA, fue tiroteado en el Parque Nacional El Boquerón mientras disfrutaba de una soleada mañana de domingo con su mujer y sus dos hijos. Una pérdida significativa para Davis y sus superiores que, no obstante, decidieron seguir adelante con el proyecto musical. El agente norteamericano se puso así manos a la obra para intentar buscar a un nuevo integrante de confianza. Una persona que levantara las menos sospechas posibles por sus pintas de ‘guiiri’ y, sobre todo, cuya pérdida pudiese ser asumible.

Apoyado en la barra del lujoso club, Espinosa saboreaba un delicioso tequila importado directamente de México. Allí había aprendido a degustar este licor con cautela y no malgastarlo como hacían sus compatriotas españoles. Discutía con el camarero sobre la importancia de limpiar las copas con un trapo de franela para evitar dejar rasguños, cuando una sombra se sentó a su lado.

-Con esos dedos debes hacerla linda con la guitarra, ¿o me equivoco pituco?

Samuel Espinosa reconocía aquel acento extranjero. Al girarse, se topó con una camisa azul de manga corta en la que los flamencos formaban un gracioso mosaico y unas gafas plateadas que despuntaban en medio de un rostro familiar.

- Sí ‘broder’, soy el cantante de esa maldita banda de jazz. Al toque me han contado mis parajitos que usted sabe cómo manejar una Stratocaster que tenemos aparcada.

- Por lo que veo te han hablado demasiado bien de mí. Dispara pues – respondió Espinosa mientras ordenaba traer otro tequila con un simple movimiento de cejas.

- Vengo para ofrecerte entrar en ‘Los Insolentes’. El resto de muchachos me caen gordo y tengo un buen presentimiento con usted, pituco. Además, si estás aguja, puedes hacer buena guita con nosotros.

- Todos saben lo que le pasó al último guitarrista. ¿Por qué crees que aceptaría? – retó el inspector español a Davis.

- Tranquilo, pe. Échale tierrita a lo que pasó –dijo con delicadeza el norteamericano antes de quitarse las gafas y mirar fijamente a Espinosa–. Pero esto no es una propuesta pituco, sino una orden del Pentágono. La próxima semana nos vemos acá a la misma hora. Hazme la gauchada. Me tinca que esto puede salir chévere, pe.

Antes de marcharse, Davis le lanzó un guiño y dejó sobre la barra un listado con versiones de Louis Armstrong, Fatts Waller y John Lee Hooker, entre otros. El camarero volvió a rellenar el vaso de Espinosa que, esta vez, sí se lo bebió de un trago. Caminó hasta su apartamento, donde apenas pudo pegar ojo cavilando sobre los posibles inconvenientes de rechazar el mandato de los malditos yanquis. Harían todo lo posible para torpedear su misión, haciendo que el CNI se replantease su utilidad. Lo intuía. Por el contrario, si aceptaba, su vida correría peligro, pero también tendría la oportunidad de aspirar a un puesto importante y desocupar sus preocupaciones con una de sus grandes pasiones: la música. Llegó la noche de su estreno y, cómo no podía ser de otra forma, la expectación llenó el club. Nada más entrar al hall, las miradas se volcaron sobre él hasta que apareció Davis.

- ¡Qué bien te ves pituco! Me alegra verle por acá- exclamó el agente norteamericano.

- ¿Cuánto nos queda para empezar?- interrumpió Espinosa.

- Al tiro, ¿usted está listo?

- Eso creo. Vamos al lío.

Los componentes de la banda tomaron sus puestos. Davis se encargó de la presentación, en la que no se olvidó mencionar al nuevo fichaje. El público respondió a las palabras

con una atronadora ovación, aunque sobre el escenario la tensión podía palpase. El rostro de Espinosa era el claro reflejo de la inquietud y sus manos sudaban sin parar.

El concierto empezó con un solo de saxofón. Un silencio, y la voz de Davis se unía al festín con un fa de pecho que hizo retumbar la lámpara de cristal que colgaba del techo. Tres compases más y llegaría el turno para el nuevo guitarrista. Dos. Uno. Y Espinosa dejó que sus dedos bailarían al son de la trompeta que había entrado en acción a la par que él. El momento decisivo llegaría durante la versión de ‘Summertime’ de Jonis Joplin, que daba por concluida la velada. El español se enfrentaba a un solo de guitarra al alcance de pocos. Antes de arrancar, respiró con fuerza, cerró los ojos y dejó que la música hiciera el resto. Simplemente, lo bordó. Los asistentes gritaban y aplaudían mientras los músicos se arremolinaban en torno a Espinosa para darle la enhorabuena. Davis no se lo podía creer, y es que aquella noche sería el inicio de una etapa gloriosa para ‘Los Insolentes’.

Las salas y tabernas se peleaban por conseguir que la banda actuase para su clientela. Hasta la prensa se hizo eco de aquel ‘boom’ que hizo resurgir la música callejera en San Salvador. Pero el infortunio volvió a cebarse con el inspector español. Mientras Davis se hacía de oro y ganaba informantes, las maras preparaban su próxima jugada. Una noche, después de tocar en el mirador del Asepes Club, Espinosa prefirió volver al cuartel dando su habitual paseo. Al girar la segunda esquina, dos cuerpos se abalanzaron de repente y le metieron en la parte trasera de una camioneta donde sólo habían dos cajas con langostas frescas. Durante muchos años, el olor a marisco se convertiría en el recuerdo del miedo para el agente. A él no le mataron, pero fue recluido en una celda sin luz hasta que la diplomacia española decidió pagar su liberación: medio millón de colonos. No acabó ahí el castigo. Antes de dejarle marchar, los narcos le cortaron el dedo meñique de la mano izquierda como un aviso de lo sucedido y, para más inri, le tiraron por un barranco.

Despertó del coma una semana después, o al menos eso le dijeron las enfermeras del Hospital La Paz de Madrid. El CNI había decidido que su periplo en el continente americano había llegado a su fin y le trajeron de vuelta a casa. Espinosa volvía a verse solo. Sin mayor compañía que la de su tía Clara, que de vez en cuando le visitaba para contarle los problemas que tenía con su marido, el inspector se refugió en el alcohol para olvidar las pesadillas que se sucedían constantemente por su cabeza. No tardó

demasiado en ser suspendido de sueldo y empleo, así que decidió recuperar sus dotes como fotógrafo de la universidad para poder seguir mamándose día y noche.

Para cuando su hígado era un estropajo mugriento, una carta con correspondencia de El Salvador iba a romper la aparente situación de confort en la que vivía Espinosa. Efectivamente, era Davis y traía consigo noticias frescas. El agente norteamericano se encontraba en período de vacaciones y había decidido visitar la Madre Patria. Su plan era pasar por Barcelona, Valencia, Cádiz, Sevilla y llegar a Madrid para poner punto y final a su travesía por la Península. ¿Cuándo? En apenas una semana y media.

El tiempo pasó volando para el inspector afincado en Madrid. Tanto que, al mirar su reloj, se dio cuenta de que faltaba sólo media hora para que llegara el tren de Davis. Fue tal el efecto de las prisas que, sin pensarlo dos veces, tiró el cigarro y la frustración por ser el único cómplice del extraordinario hallazgo del mechero pasó a un segundo plano. Llegó a la estación de Atocha con quince minutos de retraso, pero no tardó en reconocer al agente estadounidense hablando a grito pelado por el teléfono. Su repelente acento peruano seguía siendo inconfundible. Davis abrió sus brazos y acogió entre ellos a un Espinosa que no sabía muy bien cómo reaccionar. La efusividad nunca había sido su fuerte. Tomaron un taxi que les llevó hasta el barrio de La Latina, ya que, según el norteamericano, había leído que en Casa Paco se servía la mejor langosta de la capital. Espinosa aprovechó la ocasión para empinar el codo a coste cero, aunque estuvo a punto de echar todo a perder cuando el olor a marisco empezó a emerger de la cocina del restaurante. Una botella de chinchón evitó males peores y, mientras perdía poco a poco el conocimiento, Davis no paró de contarle sus planes para los próximos días.

El monólogo continuó de camino a casa. El ex agente hacía como escuchaba y, cada cierto tiempo, asentía para despistar su ausencia. Fue subiendo las escaleras del edificio cuando Davis se paró en seco y confesó que echaba de menos la banda. Uno de sus muchos contactos tenía una pequeña sala de conciertos en Madrid y podía intentar que les hicieran un hueco. Toda una declaración de intenciones a la que Samuel Espinosa, que hasta ese momento no había mediado palabra, no se opuso con un “vale”.

A la mañana siguiente, la resaca no quiso escuchar el despertador. Se acordó de su compromiso de la noche anterior y fue la primera vez en la que reconoció que tenía un jodido problema con el alcohol. Un compromiso del curro le esperaba en diez minutos y, como de costumbre, llegaba tarde. Cogió la ropa que encontró por el piso

desperdigada y alcanzó la cámara de fotos. Batería vacía. La histeria se adueñó de su cuerpo. Decidió rebuscar entre el equipaje de Davis en busca de una alternativa. Al fondo de la maleta, entre un mar de papeles, encontró una Canon analógica. Podría servirle. Rellenó la petaca de café y coñac y salió dando un portazo.

Regresó sobre las diez. No había ni rastro de Davis en el piso, salvo su maleta que seguía sobre el sofá-cama del salón. Habría salido a tomar un trago, pensó. Se equivocaba. No volvió a tener noticias suyas hasta que unos días después recibió un paquete de dos metros de alto. En el envoltorio sobresalía una nota. La abrió y leyó: “Lo tenemos pituco. Este sábado en el Café Berlín. Cuídese. Pd: estaré fuera por negocios”. Rió a carcajadas sin poder evitarlo. Pero el gozo fue aún mayor cuando vio que dentro del paquete se encontraba la Stratocaster de su aventura salvadoreña. Decidió entonces revelar cuanto antes las fotos que había hecho ese día para venderlas, comprar algo de alcohol y deslizar sus dedos por aquellas cuerdas. La sorpresa llegó cuando al finalizar la tarea, descubrió que en el carrete no había más fotos que las suyas. ¿Un turista que viaja por toda España y no se saca un jodido selfie? Eso olía muy pero que muy mal.

Empezó a juntar piezas. El reencuentro con la langosta en Casa Paco, unas vacaciones sin fotos y con importantes negocios que atender en España...Cayó entonces en la cuenta del entramado que el yanqui había conseguido a su costa. ¡Qué cabronazo!

Llegó el día del concierto, y Davis apareció cuando la gente empezaba a encarar la salida. Fue directo al camerino, donde Espinosa apuraba un cigarro.

-¿Dónde cojones estabas?- preguntó Espinosa con rabia en las pupilas.

- No pasa piola, pituco. Ya habrá otro momento para eso. Ahora, ¡démosle caña pe!

Se apagaron las luces y la gente volvió a sus asientos. El enfado de Espinosa era considerable. Sin embargo, sentía cómo su corazón volvía a latir en cada canción. No podía engañarse. Jamás se había sentido tan acompañado que en un escenario junto a aquel jodido narcotraficante. Se acercaba su solo. Davis le miró y le rogó: “Tócala otra vez Sam”. En aquel preciso momento se acordó de que, antes de ser lanzado ladera abajo, alguien le susurró al oído ‘la fama siempre tiene un precio’. Sean las circunstancias que sean, la elección era obligatoria. Delatarle o no. Espinosa estaba dispuesto a elegir. Tras una breve pausa, agarró con dulzura la guitarra, cerró los ojos y, como tantas otras veces haría en su vida, volvió a dejar que la música hiciese el resto.